

CAPITULO XXX.

AFRICA.—DRAGUT.

De 1540 á 1555.

Quién era Dragut.—Su carrera al servicio de Barbaroja.—Cae prisionero de Andrea Doria.—Recobra su libertad.—Sus progresos en la piratería.—Persiguenle los almirantes y generales del imperio.—Se apodera de la ciudad de Africa.—Empléase contra él todo el poder marítimo del emperador.—Sitio de Africa por los cristianos.—El virrey de Sicilia: el almirante Doria: don Garcia de Toledo: el gobernador de la Goleta.—Combate con Dragut.—Llegan refuerzos de Italia á los imperiales.—Atacan rícidamente la ciudad.—Heróica defensa de los turcos y moros.—Entranla los cristianos.—Combates sangrientos en calles y plazas.—Dominan los imperiales la población.—Muertes de españoles ilustres.—Es asolada la ciudad.—Dragut en las costas de Italia.—Malta asaltada por los turcos: son rechazados.—Conquista el turco á Tripoli.—Sinan y Dragut en Córcega.—Conquista de Bonifacio.—Piérdese Bugía.—Fórmase proceso al gobernador de Bugía, y es decapitado en la plaza de Valladolid.

Como si fuera poco el movimiento y el tráfigo que en toda la estension y de uno á otro confin del continente europeo traia Cárlos V., tampoco faltaba nunca quien distrajera su atencion y sus fuerzas en los mares, quien inquietára sus posesiones de una y otra

costa del Mediterráneo, y quien le disputára los dominios litorales de Africa y de Europa.

Parecia que despues de haberse visto libre el emperador del famoso corsario Barbaroja, no debia esperarse que el ejercicio de la piratería produjera otro hombre y otro genio que se atreviera, como aquél, á desafiar el poder marítimo de quien dominaba la tierra y los mares de dos mundos. Y sin embargo fué asi. Que en aquel siglo diríase que el mar disputaba á la tierra la produccion de genios aventureros y osados en todas las clases y categorías sociales. Habia, pues, dejado Barbaroja un sucesor y discípulo, educado en el ejercicio práctico de las campañas marítimas, que habia de corresponder bien á las lecciones y al ejemplo de tan digno maestro. Este hombre se llamaba Dragut. Natural de una aldea de la Natolia, en el Asia Menor, é hijo de padres ni mas ricos ni mas nobles que el alfarero de Lesbos, salió de niño, como Haradin y su hermano, á correr el mar al servicio de un arreez de su tierra. Habiendo venido á poder de Barbaroja y empleádole éste en sus destructoras correrías, conoció su disposicion y su destreza para el oficio, y cuando ya era hombre le dió una fusta y patente de capitán para que le obedeciesen como á él los corsarios turcos. Corrió Dragut el Adriático, apresó unas galeras mercantes venecianas, reuniéronsele á poco tiempo otros piratas, y los daños que hacía y la fama de su audacia y de

su sagacidad no tardaron en hacer necesario emplear contra el nuevo Barbaroja las naves imperiales.

Despachó, pues, el príncipe Andrés Doria á su sobrino Joannetin con diez galeras la via de Mesina, de cuyo puerto, uniéndose al general de las de Sicilia don Berenguer Dolmos, partieron los dos en busca y persecucion de Dragut (31 de mayo, 1540). Sorprendiéronle en Cerdeña cerca de Bonifacio (15 de junio), acometieron reciamente sus naves, y deshecha su gente, hicieron prisionero á Dragut con otros de sus capitanes: y Joannetin Doria, despues de dar libertad á los cautivos, regresó llevando consigo al gefe de los corsarios para presentarle á su tio el príncipe almirante.

Rescatado á los cuatro años de cautiverio por Barbaroja (1544), y recibiendo de su libertador una galeota de guerra y patente de general de todos los corsarios moros y turcos que andaban por los mares, dióse Dragut tan buena maña, y fué tan arrojado en sus correrías y tan afortunado en sus presas, que á los dos años mandaba catorce naves propias bien armadas, y con estas y con las de los corsarios turcos que se le agregaron juntó veinte y seis leños. Sintióse ya bastante fuerte para manejarse con independencía, se emancipó de Barbaroja, y pasó á la isla de los Gelbes, donde casó con la hija de un rico turco, con lo cual, acreciendo su fortuna y su armada, se hizo temible en las costas de los dominios cristianos. Los

vireyes de Nápoles y de Sicilia, don García de Toledo y Juan de Vera, salieron con la armada imperial en su busca (1547), y anduvieron todo un verano sin poder encontrarle. Mas sagáz que ellos Dragut, como supiese al año siguiente (1548), que todas las naves de Nápoles, de Sicilia y de Génova habian venido á España á trasportar al príncipe don Felipe á los Países Bajos, marchó sobre Nápoles, llegó cerca de Puzol, hizo muchos cautivos en Castellamare, apresó una galera de los caballeros de Malta que llevaba á Nápoles veinte mil ducados, y con estas y otras presas volvió en salvo á los Gelbes á gozar de sus despojos.

Muy arrepentido ya el príncipe Doria de haber dado libertad al corsario turco, partió el mismo en persona de Génova con buena armada y escogida gente (1549), y tomando mas naves y mas hombres en Nápoles y Sicilia, y dirigiéndose á la costa africana, arribó á Monastir, villa y castillo del reino de Tunez, y despues de muchas diligencias y muchos rodeos tuvo que volver á Génova con el sentimiento de no haber podido dar alcance á Dragut. Conoció el corsario que no podia ya vivir seguro, habiendo concitado contra sí el poder naval de Carlos V., si no se hacia dueño de algun lugar fuerte. Eralo la ciudad llamada Africa (*Turris Annibalis*), á veinte y ocho leguas de Tunez, y á ello encaminó sus planes. Uno de los gobernadores, llamado Brambarac, á quien él habia logrado seducir, le facilitó una noche la en-

trada en la ciudad por sorpresa con todos los suyos. La ciudad de Africa era de por sí fortísima por su posición, y Dragut la fortificó mas. Tomó para mayor seguridad veinte y cinco principales moros en rehenes, y se embarcó de nuevo á hacer sus correrías de corsario (1550).

Sus progresos, y los daños que hacía ya á la cristiandad obligaron á que el almirante Doria saliera otra vez en persecucion de Dragut con galeras de Génova, del papa, de Nápoles y de Sicilia, en número ya de cincuenta y tres. Arribó la armada á la costa del reino tunecino, y siguió navegando hasta la Goleta, que gobernaba entonces Luis Perez de Vargas. Fúvose allí consejo de generales, y aunque hubo encontrados pareceres, acordóse poner sitio á la ciudad de Africa. Mas como, practicado un reconocimiento, aun con ayuda de un cuerpo de alárabes del país (junio 1550), se viese las dificultades que ofrecia la conquista, fué necesario aumentar la armada y reforzarla con naves, hombres, dinero, vituallas, artillería y municiones, que el mismo Doria vino á buscar á Italia. Todos quisieron cooperar, y aun concurrir personalmente á la empresa. El virey de Sicilia, Juan de Vera; el hijo del de Nápoles, don García de Toledo; el duque de Florencia, Cosme de Médicis; el gobernador de la Goleta, Luis Perez de Vargas, los mejores generales de la marina imperial, formaron empeño en acompañar á Doria á esta jorna-

da, y con ellos y con gran refuerzo de hombres y navíos volvió á Africa llevando consigo al destronado rey de Tunez Muley Hacen y á su hijo, á quienes se proponia hacer reconocer. Vióse, pues, otra vez casi todo el poder marítimo del emperador distraido de sus atenciones de Europa, y ocupado en ver de destruir un nido que un corsario se habia hecho en una roca de la costa africana.

La empresa no se presentaba mas fácil que lo que habia parecido en el primer reconocimiento. Los nuevos súbditos de Dragut juraron sobre el Coran defenderse hasta morir. La armada cristiana comenzó sus operaciones de sitio, empleando toda clase de armas, y cuanto el arte pudo sugerir á aquellos veteranos guerreros del imperio. Con fuego y con respuesta la plaza al del campamento cristiano, y entre los medios de defensa que emplearon los turcos, fué uno el de sembrar de clavos, puntas de maderos y abrojos las calles por donde los cristianos pudieran entrar. Algunos asaltos que estos intentaron no produjeron sino la muerte de varios de sus mas bravos capitanes. Menester les fué al virey de Sicilia y al príncipe Doria, gefes de la gente de tierra y de mar, enviar á pedir nuevos auxilios á Nápoles, á Sicilia y á la Goleta, y rogar al emperador les enviára mas artillería y municiones, y aun mas infantería; y Carlos V., que se hallaba á la sazón en la dieta de Augsburgo (julio, 1550), ordenó al gobernador de Milan,

Fernando de Gonzaga, y avisó al duque de Florencia y á la señoría de Génova que de su cuenta suministrasen cuanto de Africa les fuese pedido. Llegó, pues, toda clase de socorros al sitio y campamento de Africa, y todo les parecia poco al virey y al almirante (1).

Un día (25 de julio), fueron avisados de haberse descubierto algunos moros en la montaña y á la parte de un olivar donde solian ir los soldados imperiales á proveerse de leña, y que sospechaban fuesen gente enviada por Dragut en socorro de la ciudad. Pero era el mismo Dragut en persona que habia acudido allí con cuatro mil hombres. El famoso corsario no se hallaba en Africa cuando llegó la armada imperial ni cuando comenzó el sitio. Encontrábase entonces corriendo y molestando la costa española del reino de Valencia, llamado y auxiliado por algunos rebeldes moriscos valencianos. Su muger fué la que le avisó desde los Gelbes de la novedad que ocurría en Africa. Lleno de pesadumbre y de enojo, tomó inmediatamente rumbo Dragut hácia los Gelbes á recoger cuanta gente y cuantas naves pudiera, y cuando hubo reunido por su cuenta cerca de cuatro mil moros, envió al gobernador de Africa Hesarraez un correo, que tuvo maña para entrar en la ciudad á

(1) En este tiempo murió de enfermedad en el campamento cristiano el destronado rey de Túnez Muley Hacén, cuyos dos hijos quedaban allí.

nado, advirtiéndole que para el día 25 se hallaría con su hueste frente al campo de los cristianos, y ordenándole que cuando supiese que estaba ya peleando con los imperiales saliera de la ciudad con su gente y procurára juntarse con él.

Así lo cumplió Dragut, y era el movimiento que los imperiales habian sentido á la parte de la montaña y del olivar. Dispusieron pues el virey y el almirante que los leñadores que habian de ir al monte fuesen reforzados con algunas compañías. Marchaban delante el gobernador de la Goleta, Luis Perez de Vargas, y á la entrada del olivar se encontraron á tiro de arcabúz con la gente del terrible corsario. Adelantóse Dragut, y dando un horrible grito arrojó su lanza al escuadron de los imperiales, y á su ejemplo y en medio de una salvage gritería dispararon sus flechas, piedras y partesanas. Contestaron los imperiales con sus arcabuces y se trabó una reñida refriega. Al ruido de la pelea, y prevenido ya el príncipe Doria, hizo jugar la artillería de las naves haciendo lo mismo con la de tierra don García de Toledo. Un tiro de los moros atravesó de parte á parte el cuerpo de Luis Perez de Vargas, que quedó sin vida en el acto, y como Dragut conociese ser persona principal y mandára que le llevasen el cadáver, precipitáronse los españoles á arrebatársele de entre las manos y se hizo mas reñida la batalla, combatiendo espada contra alfange, pica contra lanza y arcabuz

contra escopeta.» Envió don García de Toledo los mejores capitanes en socorro de los que allí peleaban; pero al propio tiempo el gobernador de Africa, Hesarraez, fué destacando banderas de turcos de la ciudad en auxilio de Dragut, de modo que se hizo general la pelea en las trincheras, en el campo, en el olivar, en todas partes, jugando unos y otros todo género de armas. Duró el combate mas de cinco horas, y murieron muchos de uno y otro campo.

Cristianos y turcos se convencieron de que para vencer á sus contrarios necesitaban doblada gente de la que tenían, y pidiéronla los de Africa al rey de Tunez, los cristianos al emperador Carlos V., que otra vez hizo que contribuyeran con soldados, artillería, municiones y dinero las repúblicas de Génova y Venecia, el duque de Florencia y el virey de Lombardia. Con este nuevo refuerzo llegó al campo de los imperiales el ingeniero siciliano Andrónico de Espinosa (agosto, 1550), el cual activó y mejoró las obras de defensa y de ataque; desde una sola batería jugaron la mañana del 28 de agosto veinte y dos piezas de grueso calibre, que desplomaron una parte del muro, si bien lo ancho del foso hacía impracticable por allí la entrada; aumentó y fortificó las trincheras; desarboló tres grandes galeras, y juntándolas con maderos clavados, y circundándolas de botas embetunadas para que mejor pudieran sustentar el peso de la artillería, hizo de ellas unas grandes baterías

movibles y por espacio de muchos dias fué batida incessantemente la ciudad por mar y por tierra. Defendíanse bravamente los turcos, causando mucha admiracion y no poco daño á los imperiales.

Abiertas al fin varias brechas, el virey Juan de Vera, don García de Toledo y el almirante Doria, de acuerdo con el ingeniero Espinosa, resolvieron que se diese el asalto acometiendo la ciudad por tres partes, y por cada una de ellas cinco banderas. Para que no pudiese haber rivalidades de preferencia entre los capitanes y maestros de campo, se dispuso que en cada bandera fuesen indistintamente mezclados los diferentes tercios, dejando solo á los caballeros de Malta la libertad de unirse á la que quisieran elegir. Dadas las órdenes mas rigurosas para que nadie faltara á su puesto, y hecha por el virey de Sicilia la señal de arremeter (10 de setiembre), comenzó la acometida simultáneamente por los tres puntos, en medio del estruendo de tambores, trompetas y clarines en las galeras y en el campo. No cogieron desapercibido al terrible Hesarraez, que con sus turcos se defendia vigorosamente y hacía gran matanza en los cristianos; capitanes valerosos, como los españoles Fernando Lobo y Alonso Pimentel, caian mortalmente heridos; cuando la mortandad acobardaba ya á los soldados en las brechas de tierra, penetró Fernando de Silva con algunos de su compañía por uno de los portillos abiertos en la muralla de mar, y con las pie-

dras de un pequeño parapeto de que se apoderaron, lanzándolas sobre los turcos los hicieron retroceder, tomáronles la batería y los persiguieron hasta una calle estrecha. Prodigios de valor hizo allí Fernando de Silva, hasta que cayó al suelo herido de dos balazos y dos lanzadas.

Protegido por los caballeros de Malta penetró también en la ciudad el capitán Zumarraga con su gente, y atravesando estrechas calles se encontró en una pequeña plaza con el terrible Hesarraez. Travóse allí una recia y sangrienta pelea. En el afán de tomar una casa grande que allí había, pereció el esforzado capitán Zumarraga, atravesadas de un balazo ambas sienes; mas tal era el furor de aquella gente, que heridos unos y muriendo otros, al fin los pocos que sobrevivieron ganaron la casa, matando los turcos y moros que la defendían. En esto entraron ya otras banderas imperiales, sin que Hesarraez pudiera impedirlo por más que animaba á los suyos y peleaba desesperadamente ⁽¹⁾. El ruido de arcabucearía que se sentía dentro de la plaza hizo conocer al virey Juan de Vera lo porfiado de la resistencia que aun oponían los turcos, y mandó entrar en la ciudad todos los arcabuceros del campo, quedando solo los

(1) Hacen mención las historias de un negro africano que antes de morir mató él solo quince ó diez y seis soldados imperiales. Este y otros semejantes casos prueban la clase de enemigos con que tuvieron que habérselas los españoles é italianos en aquella empresa.—Puede verse á Sandoval, libro XXX., pár. 55 y 56.

piqueros y coseletes. Inundada así la población, los turcos se fueron retirando con sus mugeres y sus hijos á los torreones, hasta que muerto el intrépido Caydali, y hecho prisionero el bravo gobernador Hesarraez, sobrino de Dragut, quedaron los imperiales dueños de la población, si bien á costa de mucha y muy ilustre sangre.

Murieron en el sitio y conquista de Africa el gobernador de la Goleta Luis Perez de Vargas, los capitanes Fernando de Toledo, Fernando Lobo, Morerueta, Zumarraga, Tristan de Urrea, los alféreces Alonso de Vega, Alonso Pimentel, Amador, Sedeño, el caballero Garci Lope de Ulloa, que recibió diez y seis lanzadas, el caballero de Malta Monroy, que cansado de pelear y sin recibir herida alguna cayó desentado de la fatiga y el trabajo, con otros muchos bravos y distinguidos españoles. También sucumbieron los principales moros y turcos, que entre muertos y cautivos, hombres, niños y mugeres, pasaron de siete mil. Mandó el virey enterrar los muertos, convirtió la mezquita en templo cristiano, entró Andrés Doria en la ciudad á gozar del triunfo, y descansaron todos, que bien lo habían menester. Dejó el virey Juan de Vera en Africa á su hijo don Alvaro con mil españoles de guarnición, y él tomó la vuelta de los Gelbes á perseguir á Dragut. Hizo Carlos V. de la fuertísima ciudad de Africa por algun tiempo otra segunda Goleta, para entretener á los turcos y corsarios, mas luego la man-

dó asolar llevando á Italia los soldados que estaban en ella de presidio (1).

Desesperado Dragut de no haber podido socorrer su ciudad de Africa, y despues de haber andado pidiendo auxilios á los príncipes africanos, concluyó por ofrecerse al servicio del sultan de Turquía, siguiendo los mismos pasos que Barbaroja. Cuando al año siguiente (1551) se confederó Enrique II. de Francia con Soliman de Turquía para defenderse del papa y del emperador conjurados contra él, Dragut que mandaba ya una armada turca, quiso vengar en Sicilia los daños que en Africa le habia hecho el virey Juan de Vera, y corrió y estragó aquellas costas. Perseguido otra vez por el príncipe Doria, y no socorrido por los franceses como esperaba, retiróse á los dominios africanos. Alcanzado y estrechado por el almirante genovés en el canal de Cántara, y viéndose de todo punto perdido, salvóse y dejó burlado á Doria, por medio de un ardid ingenioso. Mientras aparentaba defenderse todavía de la flota genovesa, ocupó su gente día y noche en abrir una zanja á espaldas del canal, y cuando la obra estuvo acabada, hizo arrastrar y deslizar por ella sus galeras, y las sacó por otro punto al mar, de que quedó no poco corrido el almirante cristiano. Sorprendió y tomó Dragut la galera patrona que venia de Sicilia; nave-

(1) Nada dice Robertson de esta famosa jornada y conquista de Africa, á la cual dedica Sandoval casi todo su libro XXX.

gó hácia la Morea, despachó una galeota á Constantinopla dando aviso al sultan de lo que habia pasado, y le pedia mas naves ofreciéndole ganar con ellas á Malta.

Al saberse que Soliman habia adoptado el proyecto de Dragut de acometer la empresa de Malta, toda la Italia imperial se puso otra vez en movimiento. Nápoles, Sicilia, Génova, Cerdeña, Córcega, los vireyes, los almirantes y generales de mar y tierra, los maestros, comendadores y caballeros de la orden, todos se apresuraron á acudir á la defensa de aquel baluarte de la cristiandad en Oriente, y á aumentar los presidios de las vecinas islas y á fortificar las plazas de una y otra costa del Mediterraneo. Aparejó en efecto el Gran Señor su armada contra Malta, de que hizo almirante á Sinan, dándole por asociados y consejeros á Salac y á Dragut. Llegó la flota otomana á Marco Mujeto (18 de julio, 1551), donde saltaron á tierra mil y quinientos genizaros, que tuvieron alguna escaramuza con los arcabuceros del gran maestro. Temblóle á éste la barba, dice un historiador, cuando supo que Sinan iba resuelto á tomar á Malta, y eso que se hallaba fuerte y bien provista. Tanto, que cuando el almirante turco se acercó á reconocer el castillo, al encontrarle tan fuerte reconvino con aspereza á Dragut diciéndole que habia engañado á Soliman. «Señor, respondió el corsario con entereza: *quien no aventura, no ha ventura.*» Con esto, y para que no se dijese que

no aventuraba, mandó desembarcar cinco mil hombres que hicieron sus estancias en las puertas del arrabal del castillo; mas habiendo salido algunos comendadores con buen golpe de arcabuceros y hecho gran descalabro en los infieles, abandonó Sinan cobardemente la empresa de Malta, y pasó con su ejército y sus naves á la vecina isla de Gozzo, de la cual se apoderó con muerte del comendador Sese, que la defendió con heroísmo. Hicieron allí los turcos seis mil cautivos, hombres y mugeres, y Dragut incendió la poblacion y taló todos los árboles de la campiña.

De allí pasó Sinan á Trípoli con su armada, y desembarcando con mas de seis mil hombres y cuarenta gruesas piezas de artillería, las asestó contra el castillo y el puerto. Por traicion de un francés que se descolgó de las almenas, supo que las torres mas flacas eran las de Santa Bárbara y Santiago, y mudando las baterías combatió aquellas torres hasta demolerlas. En esto llegó al campo de Trípoli el embajador francés que iba á Constantinopla y habia estado en Malta: conferenció con Sinan, habló tambien aparte con algunos comendadores de San Juan de los que defendian la plaza, les persuadió sin duda de que no pudiendo sostenerla debian rendirla, saliendo ellos libres y ofreciéndose á conducirlos á Malta en sus galeras, y merced á las intrigas del francés, como de público entonces se dijo, entregó el comendador Simon de Losa las llaves de la ciudad (14 de agosto,

1551), pasando de esta manera la ciudad de Trípoli á poder de turcos, al cabo de mas de cuarenta años que la poseian los cristianos. Con esto regresó la armada turca á Constantinopla, llevando Sinan al Gran Turco su amo por fruto de su expedicion la conquista de Trípoli, ya que no pudo llevarle la de Malta. Criminales debieron ser los comendadores de la orden que defendian á Trípoli, y á quienes habló el francés, cuando el gran maestre, instruido un proceso y oidas sus confesiones, con acuerdo del consejo mandó ahorcar los seculares y degradó á los eclesiásticos para ajusticiarlos tambien. Y el interés con que el rey de Francia intercedió por ellos para con el gran maestre, demostraba que no sin razon se habia achacado á manejos del monarca francés la rendicion de Trípoli al turco.

Entre las pérdidas que los infieles ocasionaron á Carlos V. y que acibararon mas los últimos tiempos de su reinado, fué una, y tal vez para él la mas sensible, la de Bugía en la costa de Africa y reino de Tremecen. Esta antigua é importante ciudad, una de las mas gloriosas conquistas del conde Pedro Navarro en tiempo de Fernando el Católico (1510), y que llevaba treinta y cinco años de pertenecer al dominio de España, fué acometida en 1555 por el gobernador moro de Argel con un ejército de mas de cuarenta mil hombres, por tierra y por mar, con veinte y dos bagales. Guarnecióla con quinientos españoles el capitán

don Alonso de Peralta, natural de Medina del Campo. De los tres castillos que protegían la ciudad, el uno le abandonaron los cristianos no esperando poder defenderle: el otro costó á los moros cinco días de combate, á pesar de hallarse en él solamente cuarenta españoles; y el tercero, que era el mayor y el mas fuerte, fué batido por espacio de veinte y dos días, hasta que á Peralta le faltó el ánimo mas pronto que los medios de defensa, y le entregó al moro, bajo el seguro que éste le dió de dejarle ir libre, á él y á todos los que con él estaban (27 de setiembre, 1555), y de trasportarlos á España en sus bageles. Entregada así tan cobardemente la ciudad, y perdido por la flojedad ó perfidia de un hombre en un día lo que tantos años y con tanto trabajo se habia estado conservando, el moro no cumplió lo ofrecido sino en cuanto á Peralta y otros veinte de sus mas allegados, á quienes condujo á España, y á todos los demas los tomó por cautivos. En la indignacion que causó á Carlos V. tan sensible pérdida, no perdonó al mal defensor de Bugía. Acusado Peralta por el fiscal imperial, y condenado á muerte por el consejo, fué decapitado en la plaza de Valladolid, despues de haberle hecho pasar por la afrenta de ser llevado públicamente por las calles con toda su armadura, y de irle despojando pieza por pieza á voz de pregon en cada plaza ó parage mas público, hasta llegar al patíbulo.

Tal era el estado de las posesiones españolas é

imperiales de una y otra costa del Mediterráneo, y tal el resultado de las guerras marítimas del emperador con el sultan y con los corsarios turcos y moros, cuando Carlos V. anunciaba, segun dejamos indicado en el anterior capítulo, su propósito de aliviar sus hombros de la pesada carga de tantos cuidados y de tan vastos dominios.